

JOSÉ MARTÍ: POLÍTICA Y DIPLOMACIA EN LOS DÍAS DE LA GUERRA.

Rolando González Patricio.
Centro de Estudios Martianos. La Habana. Cuba.

La revolución que José Martí organizó y dirigió, entre 1891 y 1895, desbordó los límites inmediatos de las batallas por la independencia, y se enrumbo --hasta que fue pospuesto- hacia una meta republicana aún inalcanzada por el género humano. Tanto a lo largo del proyecto revolucionario martiano en sentido amplio, como si nos circunscribimos a "la guerra necesaria", es posible advertir un conjunto de ideas acerca de la política exterior de la revolución que, si bien dispersas, conforman un espectro amplio de conceptos, juicios, objetivos, procedimientos, etc. Unos y otros dan cuerpo a lo que considero la estrategia y las tácticas político-diplomáticas del Delegado para dar solución al conflicto de la nación cubana con el régimen colonial que España sostenía en la Isla, y para salvar a esta del dominio de los Estados Unidos.

La guerra, tanto en la concepción martiana como desde la perspectiva marxista contemporánea, fue la continuación bélica de la política independentista. Pero la alternativa militar, aunque ratificada como el recurso determinante para resolver las contradicciones acumuladas en el decursar de las relaciones impuestas a Cuba por su metrópoli, no era ni podía ser el único medio. El proyecto independentista de los fundadores del Partido Revolucionario Cubano (P.R.C.) podía disponer -al menos teóricamente- de varios instrumentos de política exterior: la guerra, la diplomacia -los más importantes y los de orden económico e ideológico. Que la guerra ocupara un lugar preponderante e inmediato no significa que el Partido, y especialmente el Delegado José Martí, renunciaran a empleo de otros instrumentos políticos en el corto y mediano plazos.

Tomando entonces como objeto fundamental de examen la conexión guerra-diplomacia, en el período delimitado por los acuerdos conseguidos durante la visita a Tampa en noviembre de 1891 y la firma de la orden de alzamiento en enero de 1895, indagaciones anteriores me han permitido comprobar que Martí maduró una política cubana hacia España, los Estados Unidos y la América Latina, sin desconocer por esto potenciales lazos con otros estados, contenidos en la voluntad de "trabajar directamente /.../ por el respeto y auxilio de las repúblicas del mundo, y por la creación de una República justa y abierta"¹, expresa en las "Resoluciones" adoptadas en Tampa, y ratificada en las Bases del P.R.C.

España.

Como metrópoli reacia a conceder la independencia y hasta la autonomía de Cuba por vía pacífica, España era el enemigo inmediato a vencer por medios violentos. No obstante, sería objeto de una política cubana bifurcada. Un vector estaba enfilado a arrebatar por la fuerza la independencia negada por la codicia e incapacidad de la administración colonialista. Pero este, inserto en la dimensión bélica de la política independentista, estuvo acompañado de otro que, desde la dimensión ideológica, apuntaba hacia el pueblo español -también sometido a la voluntad del gobierno de Madrid-, con el propósito de despertar en él simpatía y amistad. Al respecto, en uno de los textos reservados por el primer número del periódico Patria, Martí precisó:

¹José Martí: Resoluciones. Tampa, noviembre 26 de 1891. Obras Completas, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1975, t.1, p.272. Sucesivas referencias a esta edición se indicarán con las siglas O.C.

Cuando la guerra no se ha de hacer, en un país de españoles y criollos, contra los españoles que viven en el país, sino contra la dependencia de una nación incapaz de gobernar un pueblo que sólo puede ser feliz sin ella, la guerra tiene de aliados naturales a todos los españoles que quieren ser felices.²

Una vez desatada la guerra, ambas líneas de acción -más que continuadas-, fueron potenciadas por Martí. Persiguió entonces, hasta el límite de las posibilidades, el aturdimiento de España en el teatro de operaciones militares, en el tiempo que ordenaba junto a Gómez el rechazo y el castigo de toda proposición de armisticio, cesación de hostilidades o arreglo que no condujera directamente al reconocimiento de la independencia definitiva y absoluta de la Isla.

Paralelamente, orientó intensificar el convite continuo a los españoles respetuosos y productores de la Isla -e incluso a los soldados jóvenes de ideas liberales-, para ganar junto a los cubanos una república ordenada y pacífica donde vivir. En el Manifiesto de Montecristi -documento que aspiró a reproducir hasta contar con un ejemplar para cada español-, alcanzó a pronosticar: "Los cubanos empezamos la guerra, y los cubanos y los españoles la terminamos."³

Estados Unidos.

Los Estados Unidos, en cuyo territorio se encontraba la dirección del P.R.C. y el grueso de su membresía en el exilio, no era precisamente un amigo -al menos en lo tocante al gobierno-, por lo que hacia ese Estado Martí encontró necesario trazar una política dirigida a no atraerse, con hecho o declaración alguna indiscreta durante su propaganda -como puntualizan las Bases-, "la malevolencia o suspicacia de los pueblos con quienes la prudencia o el afecto aconseja o impone el mantenimiento de relaciones cordiales".⁴

La formulación más sintética posible de la estrategia martiana respecto a los Estados Unidos,⁵ parece abarcar un proyecto mínimo, un medio y otro máximo; obtener el país, en orden creciente, el respeto, la confianza posible, y la ayuda, como máximo teóricamente alcanzable. Sin embargo, aunque Martí no esperó arrancar del gobierno de Estados Unidos suficiente y verdadera ayuda para la Cuba insurrecta, no por eso renunció a ganar más respeto, según lo previsto en el plan mínimo. Materializarlo significaba posibilitar una relativa neutralidad de aquel gobierno en la contienda de la Isla contra España. Es por eso que el Maestro enrubó sus esfuerzos a obtener la ayuda "más moral que material" del pueblo norteamericano; insistía, preparaba y confiaba conseguir el apoyo popular estadounidense, dada la importancia que le concedía al mismo para lograr la verdadera soberanía cubana:

²José Martí: "Nuestras ideas". Patria, Nueva York, marzo 14 de 1892. Q.C., t.1, p.316.

³José Martí: Manifiesto de Montecristi. Q.C., t.4, p.97.

⁴J. Martí: Bases del Partido Revolucionario Cubano. Q.C., t.1, p. 280.El subrayado es mío.

⁵Véase las cartas de Martí al Presidente del Club "José M. Heredia" de Kingston y a Fernando Figueredo, de los días 25 de mayo y 18 de agosto de 1892. Espitolario, La Habana, Ed. de Ciencias Sociales, 1993, t. III, p. 111 y 193-194, respectivamente.

La independencia de Cuba, y la de Puerto Rico a la que se propone Cuba ayudar, sólo estará garantizada definitivamente cuando el pueblo norteamericano conozca y respete los méritos y capacidades de las Islas, y en esta labor presente de levantar la revolución, se correría gran riesgo si no se lograra mover a afecto y consideración al pueblo y gobierno de los Estados Unidos. La exhibición de nuestros móviles y carácter ante el país norteamericano es, pues, un deber político de extrema importancia, un deber de conservación nacional.⁶

Una vez iniciado los días de la guerra, creció la atención de Martí al desafío norteamericano, toda vez que al terminar aquella lucha Cuba debía ser también libre de los Estados Unidos. Desde su perspectiva, y así lo hace explícito a Manuel Mercado, el sólo inicio de las hospitalidades implicaba ya una derrota estratégica del anexionismo, al hacerse inaceptable para la unión la admisión de un país en guerra, y muy difícil para el gobierno el compromiso de "abatir por su cuenta y con sus armas una contienda de independencia americana".⁷

Desde el momento mismo en que se conoce del alzamiento en la Isla, Martí ratificó a los Estados Unidos como destinatario priorizado de la propaganda imprescindible y en inglés, aunque para entonces los cubanos contaban ya con no pocos colaboradores entre los ciudadanos norteamericanos, tanto en aquel país como en Cuba. No es casual, en ningún sentido, que en menos de una semana el Delegado escribiera primero a Joseph Pulitzer, propietario del The New York World, sobre posibles acciones del gobierno estadounidense al servicio del fin de la guerra, y luego a E. S. Drone, editor del The New York Herald, en términos no excluyentes pero fundamentalmente dirigidos a la opinión pública. Una y otra paralela apuntaban hacia el mismo blanco al tiempo que -tomadas en conjunto- ponía de relieve lo que los cubanos independentistas entendían y defendían como fronteras de su soberanía.

América Latina.

Nuestra América era por naturaleza el terreno más fértil para la búsqueda de apoyo a la causa cubana, a fin de acelerar -con menos sangre y sacrificios- "el éxito de la guerra y la fundación de la nueva República indispensable al equilibrio americano."⁸ Algunas aproximaciones a los esfuerzos de José Martí por acopiar de las naciones hispanoamericanas el mayor apoyo posible, permite afirmar -al menos a modo de resumen e hipótesis a la vez- que el Delegado concibió una estrategia hacia América Latina abarcadora de tres niveles de objetivos a lograr. El proyecto más amplio o plan máximo consistía en conseguir el reconocimiento oficial de la beligerancia de los cubanos por un conjunto de estado, tan amplio como fuera posible. El plan medio aceptaba la posibilidad de alcanzar solamente el reconocimiento de facto de un grupo de gobiernos menos abarcador. Y el plan mínimo estaba dirigido a conseguir el respaldo -oficial o no- de al menos de un Estado de nuestra América, que impidiera el aislamiento total de los cubanos.

⁶J. Martí: A los presidentes de los Clubs del Partido Revolucionario Cubano en el Cuerpo de Consejo de Key West. Nueva York, mayo 13 de 1892. Epistolario, edic. crít., t. III, p. 96-97.

⁷J. Martí: A Manuel Mercado. Dos Ríos, mayo 18 de 1895. Epistolario, edic. crít., t. V, p. 251.

⁸Ibid, nota 4.

Hoy no cabe dudas de que ese Estado era México, que en la estrategia político-diplomática martiana hacía las veces de columna vertebral del proyecto de auxilio efectivo latinoamericano a la batalla por la independencia antillana. Sin embargo, cuando del accionar martiano en busca de apoyo internacional se trata, por fuerza es necesario mencionar también a Santo Domingo, Costa Rica, Argentina, Ecuador, etc., aunque sus reclamos no obtuvieron en todos estos casos idéntica atención. No era posible dada la compleja y desventajosa correlación internacional de fuerzas existente. Martí no era ajeno a esa realidad, y así lo demuestra cuando al hacer explícito a Mercado el alcance continental de la insurrección en Cuba, levantaba en silencio y como indirectamente para hacerla viable, puntualizaba:

La mismas obligaciones menores y públicas de los pueblos, - como ese de Ud., y mío,- más vitalmente interesados en impedir que en Cuba se abra /.../ el camino /.../ de la anexión de los pueblos de Nuestra América al Norte revuelto y brutal que los desprecia, -les habrían impedido la adhesión ostensible y ayuda patente a este sacrificio que se hace en bien inmediato de ellos.⁹

Esto explica, por una parte la mesura y el sigilo de su accionar en busca de contactos oficiales durante la preparación de la guerra y, por la otra, el esmero en el cuidado de la información relativa al amparo dominicano y haitiano una vez iniciadas las operaciones. También atiendo a ciertas obligaciones públicas de los gobiernos, Martí reclama el mayor tacto de los independentistas cubanos en sus relaciones con los españoles establecidos en países hispanoamericanos.¹⁰ No obstante, esto no resulta óbice para que el Delegado, iniciadas ya las hospitalidades, dé riendas sueltas para que "al fin cada ciudad de América sea una bolsa de la libertad de Cuba".¹¹ Días después, en el Manifiesto de Montecristi, -que deberá llegar a todas las presidencias de repúblicas, a cada presidente, y a los Secretarios y subsecretarios de Relaciones Extranjeras¹²-, anticipa que la guerra inicial buscará las maneras de gobierno que satisfaga "las condiciones requeridas para la ayuda y respeto de los demás pueblos, -y permitan- en vez de entorpecer- el desarrollo pleno y término rápido de la guerra".¹³ Trascurridas cinco semanas, el tono es aún más exigente, y al dirigirse al editor de The New York Herald se permite afirmar: "a los pueblos de la América española no pedimos aquí ayuda, porque firmará su deshonra aquel que nos la niegue."¹⁴

Otros perfiles en los días de la guerra.

Los elementos hasta aquí examinados, si bien esbozan las tendencias básicas del pensamiento del Delegado en relación a las direcciones estudiadas, no resultan suficientes para subrayar lo cualitativamente diferente aportado por Martí en el nuevo contexto. Aún a

⁹Ibid, nota 7, p. 258. El subrayado es mío.

¹⁰Véase carta de Martí al Presidente del Club "10 de Octubre" en Puerto Plata, Rep. Dominicana. Montecristi, marzo 10 de 1895. Espitolario, edic. crít., t. V, p. 96.

¹¹Ibid, p. 97.

¹²Véase la carta a Gonzalo de Quesada y Benjamín Guerra. Montecristi, marzo 28 de 1895. Espitolario, edic. crít., t. V, p. 130 - 131.

¹³Ibid, nota 3, p. 99.

¹⁴J. Martí: Al Editor de The New York Herald. Patria, Nueva York, junio 3 de 1895. Espitolario, edic. crít., t. V, p. 213.

riesgo de obviar algún perfil no menos trascendente, me referiré solamente a tres de ellos.

Primero: El acomodo a la correlación internacional de fuerzas y el aprovechamiento de intereses encontrados al servicio de la independencia de Cuba, y su impacto regional y mundial.

El profundo rechazo de Martí a la posibilidad de un predominio estadounidense en América -y en el mundo- lo había hecho prever desde los primeros años de su larga experiencia neoyorquina:

mientras llegamos a ser bastante fuertes para defendernos por nosotros mismos, nuestra salvación, y la garantía de nuestra independencia, están en el equilibrio de potencias extranjeras rivales. /.../ -(Inglaterra, Estados Unidos): de aquí que la política extranjera de la América Central y Meridional haya de tener a la creación de intereses extranjeros, -de naciones diversas y desemejantes, y de intereses encontrados, en nuestros diferentes países, sin dar ocasión de preponderancia definitiva a ninguna.¹⁵

Esta postura, tan aguda como riesgos, parece abandonada si se obvian algunas de sus reflexiones en torno a las conferencias de Washington. Sin embargo, reaparece con idénticos bríos en los días de campaña del Delegado. No sería por obedecer a formalidades protocolares que a finales de abril de 1895, supuestamente para informar de manera oficial del accidente del cual había sido víctima un súbdito británico, Martí escriba al agente consular inglés en Guantánamo.

En esa oportunidad, hizo llegar el cónsul una comunicación dirigida al Departamento de Relaciones Exteriores de Londres, en la cual se explicaba la aspiración de los cubanos en armas a fundar una república fuerte y próspera "abierta a la laboriosidad del mundo y merecedora de su respeto y simpatía".¹⁶ Basta recordar que Inglaterra era aún la primera potencia comercial y financiera del mundo, y el peso norteamericano en el comercio cubano, para advertir el ajuste de aquel fundamento estratégico continental a las nuevas e inmediatas condiciones de la Isla.

Segundo: La presencia en el discurso independentista, durante el desarrollo de la guerra, de la política comercial exterior de la futura república cubana.

En marzo de 1892, días antes de ser elegido Delegado del Partido Revolucionario Cubano, y al comentar el tercer número de Patria acerca de la Asamblea realizada por el Comité de Propaganda Económica de La Habana, Martí había adelantado que la guerra también sería hecha "para poner los productos de la Isla, sin trabas ni menjures, en sus mercados naturales".¹⁷ Obviamente se refería al continente americano, y en especial a los Estados Unidos, cuyo peso en el comercio exterior de Cuba, más allá de significativo, era determinante.

¹⁵J. Martí: Fragmento. O.C., t. 22, p. 116.

¹⁶J. Martí: Carta al Agente Consular Británico en Guantánamo. Guantánamo, abril 27 de 1895. Espitolario, edic. crít., t. V, p. 182.

¹⁷J. Martí: La Asamblea Económica. Patria, Nueva York, marzo 26 de 1892. O.C., t. 1, p. 357.

En relación muy estrecha con los intereses encontrados de las grandes potencias, y al servicio de sentar las bases de la no-dependencia económica absoluta de Cuba a los Estados Unidos, una vez iniciada la guerra Martí abrió espacio en su discurso al tema del comercio exterior, apuntando hacia un "equilibrio de potencias" o, si se quiere, hacia un "equilibrio de dependencias".

El Delegado no se limita a anunciar una apertura de Cuba a la plétora de productos norteamericanos. Al mismo tiempo, habla de tender anchos los puntos y las entrañas auríferas "al mundo repleto de capitales desocupados y muchedumbres ociosas, que al calor de la República firme hallarían en la Isla la calma de la prosperidad y un crucero amigo", y dice del deseo de Cuba de ser libre "para que trabaje en ella el mundo, y para vender su riqueza escondida en los mercados naturales de América".¹⁸

Aunque no es nuestro propósito intentar caracterizar ahora semejantes fundamentos de la estrategia política y económica de José Martí, este campo de la dimensión económica de su república moral resulta más que suficiente para advertir en él aliento renovador de su época americana. Sólo el desconocedor obviando sus fundamentos económicos, puede apartar de forma absoluta el proyecto republicano de José Martí de los más avanzados presupuestos liberales, democráticos, modernos y -¿por qué no?- también capitalistas.¹⁹ Al parecer, aún no resulta suficientemente nítido para algunos que la crítica martiana al mundo en que vivió fue ejercida sin saltar por completo las fronteras izquierdas del sistema.

Tercero: La disposición de Martí, y la de Gómez, a negociar cualquier fin de la guerra siempre que se garantizara la independencia de Cuba.

Esta posibilidad deseable Martí la trata en su carta al propietario del The New York World. En ella admite que dichas negociaciones podrían abordar la forma en que los españoles evacuarían la Isla, las futuras relaciones de España con la República de Cuba, y hasta una indemnización a la península. Ante tal posibilidad, destaca la conveniencia mutua de la mayor inmediatez posible para evitar así las crecientes secuelas materiales de la guerra.

Al mismo tiempo, dice no ver inconvenientes "en que los Estados Unidos intervengan con carácter de árbitros o de amigos officiosos en las negociaciones, siempre que eso no suponga para la Isla de Cuba el sacrificio de su soberanía".²⁰ Aunque resulta conocida la preferencia de Martí por una mediación latinoamericana, y no estadounidense, es evidente que semejante posibilidad de negociación tripartita era notablemente más ventajosa para Cuba -y preferible a la intervención militar- que la exclusión del Tratado de París, y no habría arrojado una Enmienda Platt.

Cien años después volvemos a preguntar, como hizo Martí, "si el sacrificio de un pueblo generoso, que se inmola por abrirse a él, hallará indiferente o impía a la humanidad por quien se hace".²¹

¹⁸Ibid, nota 14, p. 206.

¹⁹Para una perspectiva diferente véase Rafael Rojas: "La otra moral de la teleología cubana". Casa de Américas, La Habana, en.-mzo. de 1994, n. 194, p.94.

²⁰J. Martí: Carta de Joseph Pulitzer. Abril de 1895. Espitolario edic. crft., t. V, p. 177.

²¹Ibid, nota 14.